

# La historia de “Tata”

Beatriz Carballo Skripkiunas

“Tata”<sup>1</sup>: así llamábamos a nuestro abuelo paterno todos los nietos, desde el primero al último, aunque su nombre fue Fernando y sus apellidos Carballo Ochoa. Había nacido el 13 de noviembre de 1883 en Villafraanca del Bierzo, en la provincia de León, “Castilla la Vieja” ¡nos decía! con orgullo y pasión. Todo eso sonaba a mis oídos de niña... tan pomposo y casi fantástico, que sólo podía imaginarme algo así como un lugar... con antiguos castillos y reyes famosos.

Aunque en realidad, muy poco podrían haber retenido sus pupilas, de su amada Castilla, ya que cuando tenía cuatro años, es decir a fines de 1887 la abandonó sin querer y para siempre con su padre Luciano Carballo Cuadrado, quien decidió en ese entonces dejar el Bierzo para emprender un largo y azaroso viaje transoceánico. Con muy poco equipaje, se embarcaron solos; ya que su madre Isabel Ochoa, se quedó con las dos hijas más pequeñas en España. No había dinero para más pasajes, aunque viajaran en tercera clase. Además... ¿qué sabían de su destino? Sólo que se llamaba América y que brindaba posibilidades de trabajo y esperanzas para una vida más digna que la que llevaban hasta ese momento. La pobreza era una constante en sus días. Entonces, como les favorecía el idioma y les apremiaba encontrar un país que les ofreciera posibilidades de trabajo, emprendieron la aventura.

¡Y qué aventura! ¡Durísima aventura! Semanas y semanas en un vapor “del infierno” –porque no importa el nombre– cuando las condiciones eran todas dantescas para estos viajeros que casi no eran considerados humanos. Sin poder mirar atrás, sin comunicación, sin muda de recambio, sin camarote. Sólo



Fotografía de Tata:  
Fernando Carballo Ochoa.

<sup>1</sup> “Tata” vocablo del costumbrismo criollo del Río de la Plata, que es igual a abuelo. Pero... “abuelo con cariño”. (N.A.)



Su madre Isabel Ochoa.

mares y mareos, en alguna litera o catre de bodega húmeda y atestada de gente que pudo pagar a duras penas su “pasaje de emigrante” en la última clase. Así y con la única ansiedad de tocar puerto, Tata y su padre –que además y ¡gracias al Cielo! no se enfermaron, llegaron un día a las costas del Caribe y desembarcaron en Barranquilla como lo prometía su pasaje. ¡Sí! El pasaje cumplió con su destino de viaje; pero... ¡No cumplieron aquéllos que hablaban y prometían trabajos seguros y bien pagos al llegar! Entonces ahora... ¿Qué harían? ¡Volver, no podían! ¡No tenían más que unas miserables monedas en el bolsillo! ¡Tenían que partir de Colombia forzosamente! Si no serían pordioseros por las calles, o se morirían de hambre. La única salida posible –arriesgando el calabozo– fue embarcarse nuevamente, a otro destino; como polizones, en la horrible bodega olorosa

de otro vapor que navegaba rumbo al Río de la Plata. Demás está decir, que fueron otras tantas semanas de océano y ¡De comer casi nada, y de dormir en el suelo! Y de saber sólo de “oídas”, que había dos puertos posibles en esa ruta. Nunca supe ¿por qué? ... eligieron Montevideo.



Postal del puerto de Montevideo.

Tal vez porque el estado uruguayo daba libre ingreso a los inmigrantes. Aunque en realidad ¡no era tan fácil ni tan libre! Eran tiempos de graves epidemias en el país, como la viruela, el cólera y la tan temida fiebre amarilla. Para evitar más contagios, los viajeros no podían pisar tierra sin ser revisados antes por un médico. Este severo control sanitario –cuarentena– se realizaba en la Isla de Flores, situada a 6 millas de la costa montevideana. Una vez que las embarcaciones atracaban, los pasajeros eran divididos en tres categorías: “sanos, enfermos y muertos”. A los primeros –milagrosamente Tata y su padre– se los dejaba partir. A los segundos, se los internaba en el lazareto –“El Hotel de Inmigrantes”, le decían– inaugurado en 1869. Allí eran desinfectadas sus ropas y pertenencias. A los terceros, se los llevaba al crematorio ubicado en el extremo Este de la isla, cercano al cementerio. Y me pregunto: ¿Qué tan efectivo podría ser ese recurso insular, si carecían de agua potable? ¿Cómo caminarían al fin sobre los



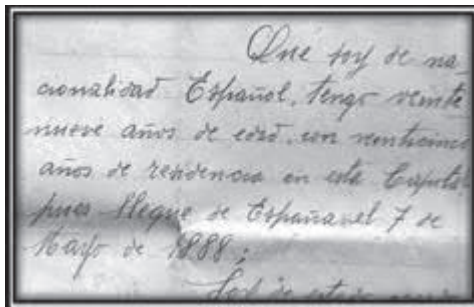
Isla de Flores. Hotel de Inmigrantes.

adoquines del muelle, luego de tantas privaciones y peripecias en el mar? Si además, habían tenido que soportar el trauma de esa “isla fantasma” que marcó la historia oscura del “Río ancho como mar”, como lo llamaban “los charrúas”<sup>2</sup>.

7 de mayo de 1888 y un padre solo con un niño tan pequeño, de la mano; fuera de su tierra natal y con meses de andanzas...

¡No sé cuánta pena da! Y más pena le habrá dado a otro español como ellos, que residía cerca del puerto y tenía algo parecido a una “fonda”. Allí fueron “a parar” hambrientos Tata y su padre. Pidieron comida a cambio de trabajo y ese solidario compatriota –a quien nunca olvidarían– ¡les ofreció trabajo y casa a los dos! Cocinaban, lavaban platos y ollas para toda la clientela del Bajo y aunque hoy no se pueda creer; ese niño, que aún no tenía cinco años, servía las mesas. Horas y horas de un trabajo que aprendían poco a poco sobre la marcha. De noche, les permitían dormir en una pieza medio ruinoso del fondo. ¿Habría camas, catres? ¡No lo sé! Al menos era un techo en tierra firme. ¡Daban gracias a Dios! Sentían algo de paz. Empezaban a tener algunos “patacones” en el bolsillo y algo más que pan del día en el estómago.

Pasaban los días, las semanas... apenas tenían algunas horas del domingo para descansar, pero no lo hacían. Temprano en la mañana, caminaban unas cuatro cuadras para llegar a la misa de la parroquia de San Francisco de Asís, fundada en 1840, donde también funcionaba la escuela para niños pobres a la cual Tata asistía, pero con una escolaridad bastante irregular. A veces también era monaguillo, pero el trabajo con su padre siempre lo reclamaba y cada día más. Las tardes domingueras para otros -con visitas y paseos- no existían para ellos. Vendían diarios, boletos para las corridas de la plaza, apuestas para las carreras de caballos de un palco llamado “Circo Ituzaingó”<sup>3</sup> y acomodaban a los asistentes por alguna propina. Así juntaron el dinero para traer a la madre



Ficha cumplimentada en el Hotel de Inmigrantes.

<sup>2</sup> Pueblo amerindio que pobló una vasta región de Uruguay, Argentina y Brasil. (N.E.).

<sup>3</sup> Este hipódromo de Montevideo, más conocido como “Circo de Maroñas”, fue inaugurado en 1889, pasó por sucesivos propietarios y sufrió diversas ampliaciones y reformas hasta su cierre en 1997. Reinaugurado en 2003, hoy se conoce como Hipódromo de Maroñas. (N.E.).



Parroquia de San Francisco de Asís.

y a las hermanas, Josefa y Clotilde, que llegaron también en tercera clase. Desnutridas y enfermas fue para ellas larga y costosa la cuarentena en la famosa isla. ¡Sólo tenían los mejores cuidados los viajeros de la primera clase! Tata y su padre, enviaban todo lo que podían para salvar a su familia. ¡Y la salvaron! Aunque se criaron siempre con una salud muy frágil.

Las tres mujeres eran el pilar de ese hogar que pretendían reconstruir. Cocinaban en la fonda, lavaban y almidonaban “ropa para fuera”. Cosían y bordaban a mano... y todo en una pobre pieza que alquilaban por semana.

A los catorce años, Tata consiguió un trabajo zafral<sup>4</sup> como ayudante de estibadores en el puerto. ¡Ya no cobraba en pocos “patacones”<sup>5</sup>

sino en “cobres”<sup>6</sup>! Y con ellos lograron mudarse al barrio de la Aguada, donde la estación “Central de Ferrocarriles” promovía un importante centro industrial con barracas de lana, de cuero y tabaco. Necesitaban mucha mano de obra. Allí también trabajó como estibador. Todo servía para seguir sumando; ya que la familia también se sumaba. Nacieron dos hermanos más, Jaime y Luciano. Ahora alquilaban dos piezas con una especie de cocina.



Yunque de zapatero.

Tenían un vecino zapatero, inmigrante italiano, que un día le ofreció a Tata enseñarle el oficio a cambio de ser su ayudante. Muy capaz, en poco tiempo aprendió a hacer botas, polainas y los famosos botines de la época que usaban las mujeres.



Caja con abalorios.

¡No era tan fácil “hacer las Américas”! Si bien es cierto que el país crecía y abundaba el trabajo, los salarios eran bajos y los patrones pagaban lo que querían. No había aún leyes que protegieran a los trabajadores.

Fue en ese barrio que unos años más tarde, conoció a Amelia Denegri Tassisto, una muy linda hija de inmigrantes italianos de Porto Maurizio.

<sup>4</sup> Estacional, temporal. (N.E.).

<sup>5</sup> Moneda fraccionaria de poco valor. (N.E.).

<sup>6</sup> Monedas acuñadas con una aleación basada en este metal. (N.E.).



Josefa y Clotilde.



Hipódromo "Circo Ituzaingó".

El 26 de octubre 1907 se casaron –muy a pesar de la oposición de ambas familias. ¡En realidad eran los italianos que defendían las uniones entre sus coterráneos y no con extranjeros!

¡Qué ilusión! Ni idea tenían que años más tarde, con las inmigraciones de las décadas de 1920 y 1930, todos se mezclarían y las culturas se enriquecerían unas con otras.

Harían de la República Oriental del Uruguay esa “maravilla de país, construido con la fuerza y el tesón de los inmigrantes de todas partes de Europa”.

Los primeros tiempos de matrimonio vivieron con los padres de Tata, pero con muebles propios, comprados de ocasión. Los remates siempre ocuparon un lugar importante en su vida personal y económica. Mientras, buscaban una pieza para alquilar –por supuesto– en casa compartida en el Centro. Increíblemente, Tata ya pagaba a largos plazos, un terreno en un barrio más alejado y semipoblado, que pretendía ponerse de moda. Allí soñaba construir una casa.

El 25 de septiembre de 1908 nació su primera hija, María Amelia. Además de ser zapatero, revendedor de diarios, ayudante de estibadores y acomodador de cine los fines de semana, Tata ansiaba tener un trabajo más estable y un salario mensual fijo. Entonces, cuando hubo un llamado de la Administración Nacional de Aduanas, se presentó y entró en 1909 como “marcador” –puesto de jerarquía modesta– que igualmente tuvo que defender y luchar para mantenerlo. ¡Era un extranjero



Fotografía de boda de Fernando y Amelia.



Inscripción del matrimonio de Fernando y Amelisa.



Libro de familia.



Publicidad del solar que iba comprando.



Inscripción en el Libro de Familia.



Con amigos.



Imágenes de la “casa-quinta”.



María Amelia. Gioconda. Renée.

con un empleo del Estado! Necesitaba obtener la ciudadanía uruguaya. Serían años de trámites y de influencias políticas. El 8 de febrero de 1910 nació su segunda hija, Gioconda. El 23 de octubre de 1911 nació la tercera, Renée.

Su esposa, Amelia, también tenía ese gran espíritu emprendedor y tesonero que hizo del amor a su familia, un hogar ejemplar. Después de realizar las tareas de madre y ama de casa, ayudaba a Tata con la fabricación de zapatos. Desde niña, había aprendido a coser y bordar a mano “como las hadas” con unas tías italianas. Ahora, con hilos de seda, cordoncillos, mostacillas y pedrerías, que venían de París, bordaba zapatos de fiesta de mujer. También hacía toda la ropa de la familia y de la casa, a mano; hasta que un día Tata llegó con una máquina “de coser a bote” y fue como un milagro. Seguramente, habría visto esa ‘oportunidad en alguna página de los tantos diarios que llegaban a sus manos.

La prensa escrita, era la única información de la época. De tanto andar y leer, conoció a algunos periodistas y políticos importantes de *El Nacional*, *Acción*, *El País* con quienes incluso llegó a tener una gran amistad durante toda la vida.

Ya hacía varios años que se interesaba por la política y simpatizaba con el Parti-



Fernando.

do Nacional, “los Blancos” (había *Blancos* y *Colorados*, estos últimos siempre en el poder. Los *Blancos* eran seguidores de Aparicio Saravia, un acaudalado estanciero y caudillo del medio rural, que arriesgó toda su fortuna y su vida por la justicia administrativa, el voto secreto, las elecciones libres. Estos ideales de justicia y equidad tocaron siempre el corazón de Tata y militó él también, toda su vida en esta fracción partidaria. Colaboró y apoyó sin tregua a líderes políticos como el Dr. Luis Alberto de Herrera –de quien fuera su mano derecha– y el joven Dr. Carlos Quijano a quien acompañó en la “Agrupación Nacionalista Demócrata Social”.



Ofelia.

En 1915 empezó, muy de a poco, a construir una casa grande pero económica, en el terreno que aún pagaba. El barrio se llamaba Reducto -zona de antiguas quintas-, próximo al residencial y famoso “Prado”. Digo que fue famoso, porque la alta sociedad montevideana escapaba del centro –recomendación de los médicos– del flagelo de la tuberculosis, muy propagada. De esta enfermedad fallecieron incluso sus dos siempre frágiles hermanas, Clotilde y Josefa. La construcción le llevó tres años, y para ese entonces ya había comprado también el terreno lindero. Fallece su padre, después de una larga y penosa enfermedad. Como su madre también estaba algo enferma, Tata decide traerla a vivir con su familia. La casa era bien ventilada, con techos altísimos, patio y fondo, prototipo de arquitectura de la clase media de

la época. Las clases adineradas y aristocráticas construían la famosa “casa-quinta” en el “Prado” o “Colón” imitaciones de los “Hôtels” o “Châtelets” franceses.



Inscripción en el Libro de Familia.

El 12 de enero de 1921 nació su cuarta hija –insistían, pero el varón aún no llegaba. Como siempre... apasionados por la ópera italiana le pusieron de nombre Ofelia. En 1923, consigue finalmente la ansiada ciudadanía uruguaya y con ella lo ascienden en su puesto administrativo a “auxiliar” y luego a “oficial”. Consigue aumen-



tar su salario. Aparece también una insistente compradora de su casa y con ese dinero en la mano –el destino que siempre manda– compró una vieja quinta de aristócratas arruinados como inversión. Al mismo tiempo, comenzó a construir en el otro

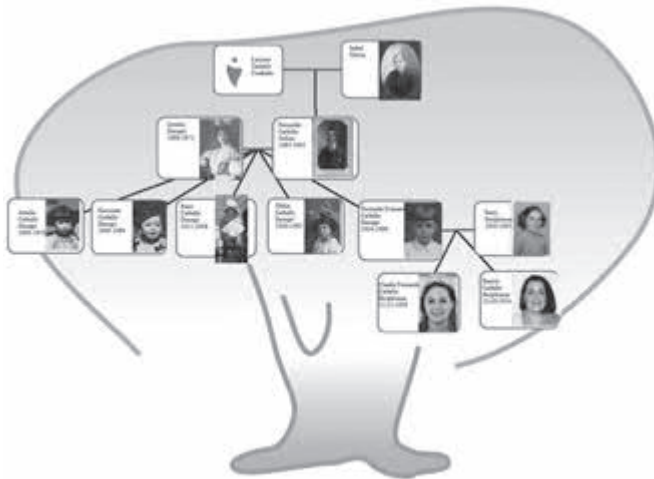


Reunión campestre.

terreno la casa para todos con los mejores materiales del momento. Consiguió un constructor que le diseñó salas, muchos dormitorios, dos grandes patios interiores, fondo con árboles, azotea, enorme sótano de piedra y bodega familiar “para hacer vino como el de España... ¡hombre!”, siempre decía.

El 1 de julio de 1924 fue un día célebre para él y para todos... nació su primer varón y el único. Lo llamó Fernando Primero. Fue mi padre y el de mi hermana (sic). De sus cinco hijos: María Amelia (Tita), Gioconda (Coca), Fernando (Ñato) se casaron. René y Ofelia se quedaron solteras. Tuvo seis nietos en total. Hoy sólo somos cuatro.

Falleció en el Sanatorio “Asociación Española, Primera de Socorros Mutuos” –fue socio fundador– en Montevideo el 9 de setiembre de 1962. Tata, más que una historia de vida, fue nuestro severo pero consistente modelo.



Árbol genealógico.